

1990

La piedra en el fondo; Ciudad de México soñada; Concierto de cítara; Revelación I; Revelación II

Manuel Ulacia

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Ulacia, Manuel (Otoño 1990) "La piedra en el fondo; Ciudad de México soñada; Concierto de cítara; Revelación I; Revelación II," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 32, Article 27.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss32/27>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

MANUEL ULACIA

México, 1953

LA PIEDRA EN EL FONDO

Mientras la respiración de mi padre
poco a poco se apaga,
retiradas las sondas, las agujas
y la mascarilla del oxígeno,
entre sístole y diástole,
en el escenario de la memoria,
una tras otra,
transparencias vividas.
El viaje al colegio a las ocho de la mañana
con sus adivinanzas
sobre el río Amarillo,
los jardines de Mesopotamia,
la muralla china y la manzana de Newton,
y más tarde, a la hora del recreo
a la sombra fresca de altos fresnos,
en conversaciones con otros niños,
la imagen de mi padre trasmutada
en el héroe de un cuento de hazañas,
y ya de vuelta a casa
reunida la familia,
mi padre cuenta los mil y un inventos
de su laboratorio,
esencias de rosa, almizcle y lavanda,
y las aventuras de su madre niña,
en los trenes de la revolución
de Campeche a México,
las peleas de gallos
que tanto le gustaban a su padre,
los paseos por montes y riberas,
la imagen olvidada de su abuelo
que pintaba abanicos en Valencia,

su breve infancia en un jardín inmenso,
historias de emigrantes de hace casi un siglo
que dejaron atrás
la torre gótica, el olivar y el ganado
y que jamás volvieron.

Y al terminar el día,
contemplo cómo se arreglan mis padres
para ir a una fiesta,
y tras el beso de las buenas noches,
absorto en la película
de la televisión en blanco y negro,
imagino que así es la vida,
y que mis padres bailan
en una terraza iluminada por la luna,
un vals de Agustín Lara,
y que mi padre es el galán de la pantalla,
el corsario de una batalla naval,
Tarzán en la selva del Amazonas,
y que algún día yo también seré grande
y oleré en el cuello de una muchacha
aromas de violetas,
y encarnaré mi sino como me lo explicaron.

Mientras la respiración de mi padre
poco a poco se apaga,
y su pulso es cada vez más lento,
entre sístole y diástole,
el tiempo se dilata,
como los círculos concéntricos que se forman
al lanzar una piedra en el espejo del agua.
Cada instante es una hora,
y cada hora una vida.
Breve el tiempo que pasa.
Aquellos días llenos de sol en el campo,
los muros oxidados de la casa,
el establo, el corral,
el embalse del abrevadero
con sus nubes reflejadas en tránsito,
en donde un día me enseñó mi padre
a medir las honduras de las aguas,
por el tiempo que tarda
la piedra lanzada en llegar al fondo.

Y la mujer que desgrana mazorcas
como si desgranara las semillas del tiempo.
¿En qué aguas caemos
cuando nos vamos si no existe el tiempo?
¿Cuál es la profundidad del cielo?
¿Dónde germinan las horas vividas?
Y ya recogidos al caer la tarde,
en un cuarto apenas iluminado,
entre vapores sonoros de planchas ardientes
sobre sábanas blancas,
mi padre me dijo
que en el cuarto de junto
había muerto el suyo:
primera imagen del tiempo finito,
piedra que cae,
medida inmensa que desconocemos,
el perfil afilado de su cara,
la sábana blanca que amortajó a su padre,
la mirada secreta de las dos planchadoras,
la mano y el reloj que toman el pulso.
Mi padre se incorpora
y pregunta ¿qué hora es?,
y sin escuchar dice: mañana a la misma hora.
Su cuerpo temblando de frío empieza
a parir otro cuerpo,
mariposa invisible de alas blancas,
que espera la hora exacta
de desprenderse en nupcias con la nada.

Mientras la respiración de mi padre se apaga,
una angustia renace,
piedra de filosas aristas en la garganta.
Aquellas comidas en mis años mozos,
en donde sólo se oía
el roce de los cubiertos en la porcelana,
las miradas esquivas
que escondían el rubor que produce
la pasión de la carne,
y mis juegos secretos en la alcoba,
mientras la luz hiriente, entrando por la ventana,
iluminaba las nubes del jarro,
los platos vacíos y las migajas,
porque en mis lascivos sueños despierto

se me había revelado mi singular deseo.

Ya no sería la imagen del héroe
que bailara con una muchacha en la pantalla,
ni el hacedor de industrias,
ni el hombre discreto que la sociedad aplaude,
ni la presa de virgindades al acecho,
ni el padre que perpetuara la especie.
Y más tarde disputas,
la libertad no hace felices a los hombres,
dice mi madre, *los hace sólo hombres.*
Mi padre calla:
frágil armadura la indiferencia.

Mi padre vive en el ideograma de su mundo,
edifica otros sueños,
sin pensar en la finitud del tiempo,
en la piedra y su caída,
en la alcoba en penumbra.
Mañana, mañana, siempre mañana
y la casa crece,
mientras a mi madre le salen canas,
y mi hermana descubre en el espejo
sus incipientes pechos,
y mi abuela se vuelve otra vez niña.
Mañana, mañana, siempre mañana.

Mientras la respiración de mi padre
poco a poco se apaga,
quiero decirle
que lo único que quise
fue vivir la verdad de mi amor verdadero,
pero ya no oye nada,
ya no dice nada,
el silencio se ha ido apoderando de su cuerpo,
del cuerpo de mi madre,
del círculo formado alrededor de su cama,
del cuarto en penumbra,
del claro espejo de agua
en donde sigue cayendo la piedra
en la frágil gravedad del instante.
Mientras la respiración de mi padre se apaga,
la transparencia de la ventana me recuerda

que afuera existe el mundo.
 Contemplo la ciudad iluminada,
 los coches que circulan,
 al adolescente que en una esquina
 se encuentra con su amada,
 al ciclista que pasa,
 al atleta que corre sobre el prado.
 Absorto en la fragilidad del tiempo,
 contemplo el mundo,
 otra vez la ventana,
 la familia reunida,
 y pienso que mi padre ya no habla,
 ya no ve, ya no escucha,
 que sus sentidos muertos
 empiezan a percibir el teatro del mundo
 a través de nosotros,
 que la única memoria de su vida
 son los fragmentos de nuestra memoria:
 inmerso rompecabezas del que faltan piezas.
 ¿En qué pensará mientras se abandona?
 ¿En la piel de mi madre?
 ¿En los noticiarios de la segunda guerra?
 ¿En la primera comunión y los mandamientos?
 ¿En los tumores que se propagan por el cuerpo?
 Mi padre, entre balbuceos,
 dice que tiene una piedra en el cuello,
 que la piedra no cae,
 que él caerá con ella.
 ¿Hacia dónde? ¿en qué lugar?

Mientras se le apaga la respiración a mi padre,
 parece que empezará a olvidar todo:
 las quimioterapias y los verdugos,
 las salas de espera y los quirófanos,
 el retrato de su abuela y las piernas jóvenes
 de las muchachas,
 la piedra de Oaxaca y el canto del canario,
 la sonaja roja y el primer llanto.

O tal vez, en su olvido
 — último sueño que el tiempo devora —,
 viaje por un camino
 a buscar a su padre.

Pero el camino ya es otro camino,
 y la casa otra casa.
 Su vida ahora cabe en un instante.
 Conciliadas están todas las partes.
 Un sol único arde en su conciencia,
 helado incendio que el mundo consume.
 En el espejo de agua
 se dibuja la última onda.
 La piedra, en su caída,
 llegó al fondo.

CIUDAD DE MÉXICO SOÑADA

entre la ciudad por la ventana
 comienza el día
 idéntico y distinto
 multitudes circulan
 por todas partes
 son los pasajeros de esta arca
 de palabras
 que navega en la página
 trepidan los motores
 taladran la tierra
 un rascacielos se levanta
 prisma de espejos
 estela donde la ciudad
 al reflejarse se graba
 aquí convergen
 todos los tiempos
 el presente es el manantial
 de las transfiguraciones
 en la superficie brillante
 chispas
 plumas de quetzales
 reflejos
 esta ciudad fue un lago
 sobre el agua el sol arde
 en un islote se posa el ave
 águila o paloma
 del arca piragua

desciende el rey azteca
 para fundar su reino
 Huitzilopochtli
 se mira en el espejo
 boca corazón el templo
 cabeza la palabra
 torres observatorias los ojos
 carne las chinampas
 cuatro calzadas traza
 desde el pecho a la orilla
 la cruz de los sacrificios
 que el tiempo sentencia
 en la gran pirámide
 se ofrece un joven
 para que el padre se alimente
 en la primera luna
 después del equinoccio
 el Viernes Santo
 entra la ciudad por la ventana
 por las avenidas
 que fueron agua
 ríos de coches circulan
 las bocinas ensordecen
 no hay cielo
 ni sol
 tampoco horizonte
 los muertos hemos salido
 de la tierra
 y poblado el valle
 doña Marina
 canta dentro de su casa
 su voz teje el mundo
 afuera un soldado
 cuenta el regreso de Ulises
 aire sobre tierra
 fuego sobre agua
 ¿desear la imagen
 de un dios
 que es hombre?
 el día se funda sobre
 los escombros de la noche

esta ciudad fue sacrificada
 le abrieron el pecho
 y le quitaron la palabra
 las torres de la iglesia
 entran con la luz
 cuando repican las campanas
 en el altar mayor
 Cristo-Huitzilopochtli
 es adorado desnudo
 por el pueblo

CONCIERTO DE CÍTARA

por la celosía de mármol
 que separa este recinto abierto
 de uno interior
 una luz hecha música
 sale dibujando en el suelo
 idéntica geometría
 todo es calma
 apenas sopla el viento
 los jazmines de la noche
 nos hacen mirar en el cielo
 la luna
 que en un espejo de agua
 yace reflejada
 cada silencio es una puerta a la eternidad

REVELACIÓN I

la mirada revela
el deseo de ser
uno en vez de dos

REVELACIÓN II

si no alcanzo la luz
todas las horas
habrán sido irrecuperables

Manuel Ulacia, nace el 16 de mayo de 1953 en México D.F. Fue co-director de la revista *El zaguán* desde 1974 hasta 1977. Libros publicados: *La materia como ofrenda* (poesía), (Una, México, 1980). *Luis Cernuda: escritura, cuerpo y deseo* (crítica), (LAIA, Barcelona, 1986). Ha traducido a poetas de lengua inglesa, portuguesa y francesa.